



Contingencia y necesidad en la razón política moderna de Carlo Galli

Contingency and Necessity
in the Modern Political Reason, by Carlo Galli

Reseña bibliográfica de Sofía Cáceres Sforza

Universidad Nacional de Entre Ríos.

Correo electrónico: sofiacaceresforza@hotmail.com



Datos del libro: Carlo Galli. *Contingencia y necesidad en la razón política moderna*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2019, 279 páginas

Palabras clave: *Contingencia, necesidad, razón política, modernidad.*

Keywords: *Contingency, Necessity, Political Reason, Modernity.*

Anacronismo e Irrupción, Vol. 10, N° 18
(Mayo - Octubre 2020): 329-336

 Dialnet  latindex
catalogo  REDIB 

Fecha de Recepción: 15/03/2020
Fecha de Aceptación: 29/04/2020
ISSN: 2250-4982

El reciente trabajo del filósofo Carlo Galli, editado por Amorrortu, nos invita a un recorrido erudito sobre los puntos centrales que la razón moderna ha imaginado para construir el orden político mediante dos problemas fundantes: la contingencia y la necesidad. El libro se compone de dos grandes secciones. En la primera, Galli se dedica minuciosamente a lo que podríamos llamar los pensadores canónicos del orden político y de una ciencia política en la Edad Moderna; en la segunda, se dedica a indagar sobre las críticas a este orden ya constituido, pero siempre precario,

Desde Maquiavelo hasta Voegelin, pasando por Hobbes, Gentili, los contrarrevolucionarios y la Escuela de Frankfurt, la selección de pensadores que realiza el italiano demuestra una genuina preocupación por hallar en las más variopintas corrientes las formas en que razón política, estatalidad, contingencia, necesidad y praxis se imbrican en una Modernidad *aporética*.

Así, en su capítulo sobre Maquiavelo, repasa las diferentes interpretaciones que del florentino han circulado para concluir con los nodos constituyentes de su pensamiento. El hallazgo de Galli es lograr articular las nociones centrales de Maquiavelo, y así lo hará con cada filósofo, para rastrear la signatura que contingencia y necesidad adquieren en el pensador bisagra del orden político, capaz de enfrentar, como afirma Galli, la historia como contingencia, como la regularidad de la falta de constantes, cuya única oposición es la virtud.

Si el Estado político moderno se encarna en la figura del leviatán, Galli encuentra en la figura del centauro la forma política de Maquiavelo. Porque, como sostiene el autor, el florentino sabe que comparte con los antiguos el mismo espacio y el mismo tiempo, carente de previsibilidad o teleología: un tiempo siempre “expuesto a la fortuna”.

En su capítulo sobre Hobbes, Galli se centra en la relación entre leviatán y modernidad. Si en el análisis de Maquiavelo su preocupación era hallar el hilo conductor entre sus nociones y un incipiente orden político moderno, en Hobbes el trabajo se vuelve más erudito y detallista, ya que las aporías y contradicciones

que el inglés plasma en su leviatán son, para Galli, aquellas que dan forma a las propias aporías de la modernidad. Estas pueden ser dilucidadas mediante dos temas centrales en los trabajos hobbesianos: la circularidad del pacto y la ajenidad del poder respecto del pacto.

La modernidad como época y cesura, afirma Galli, es también la circularidad y la contingencia a la que está expuesto el pacto hobbesiano, donde los *momentos* se contraponen sin solución de continuidad, donde principio y fin se tornan indistinguibles. Porque es, justamente, esta imposibilidad del fundamento externo lo que caracteriza la razón moderna. En una pequeña nota al pie Galli recupera, acertadamente, el trabajo de Blumenberg sobre la legitimidad de la edad moderna: estamos frente a una razón que no puede justificar su propio origen, que a pesar de la tesis schmittiana sobre los conceptos teológicos secularizados, no puede recordar ese “otro lugar” que le permita renunciar al “abismo de su contingencia”.

Si en Maquiavelo la praxis fundada en la necesidad de la contingencia lleva al *kairós* del honor y la gloria, en Hobbes se trata de evitar, mediante la racionalidad política, el *sumo mal*: la muerte violenta y la desintegración. Es la exclusión de la contingencia de la necesidad, la expulsión de cualquier desorden o enemigo, pero con el recuerdo latente de la guerra originaria, recuerdo que se transformará en la posibilidad de la guerra exterior, y que en Schmitt operará como la latencia de la guerra civil hacia el interior del orden político. Galli nos señala aquí la originalidad del pensamiento hobbesiano: como fundador del racionalismo político moderno nos muestra la “contingencia de la razón” y la “contingencia en la razón”, porque la razón política es determinada y, al mismo tiempo, descansa sobre una ajenidad: el enemigo, que no es pasado ni exterioridad, sino una “contradicción” velada en su propia repetición, en su eterna circularidad, en su “tautología”.

La inclusión de Gentili en esta primera parte del libro puede llamar la atención a quienes estamos familiarizados con un canon más clásico de la teoría

política. Galli, como adivinando nuestra inquietud, comienza este apartado explicándonos, de forma concreta y erudita, su decisión: Gentili es un pensador político porque afronta los urgentes problemas de su tiempo, es decir “reconoce el desafío de lo ‘político’” y su inmanente contingencia. Entre los problemas que Galli menciona se encuentran la relación entre religión y política, el nacimiento del Estado moderno, las transformaciones en las relaciones internacionales y el colonialismo; y junto a Grozio¹ es uno de los exponentes de los juristas que se “proponen como legitimadores del orden político moderno”, dando cuenta de aquella revelación hobbesiana: los dos rostros de la Modernidad son la ley y la decisión.

En un ida y vuelta constante, la relación entre Maquiavelo, Hobbes y Gentili se revela fundamental para los problemas que Galli se propone indagar, ya que su interés ha radicado en pensar el Estado moderno no como una idea transhistórica, sino en sus anclajes específicos, históricos, rastreando su génesis concreta en los devenires de la historia humana.

Como pensador de la primera Modernidad, Gentili atribuye a Maquiavelo la hazaña democrática de revelar los *arcana imperii* de la tiranía pero, sobre todo, lo reconoce como el autor que modifica la tradición humanista. En un breve repaso por sus obras más significativas: *Des legationibus*, *De iure belli* y *Regales disputationes*, Galli recorre las formas en que Maquiavelo fue interpretado por Gentili. A su vez, el autor nos señala la relación entre Hobbes y Gentili, una posiblemente histórica, ya que Hobbes fue estudiante en Oxford mientras Gentili era *regius profesor* de derecho civil, y otra no histórica –como señala Galli– donde Gentili continúa la línea de pensamiento sobre el Estado moderno. Sin embargo, sobre esta última serán más ricas sus diferencias que similitudes, las distancias antes que las posibles reconstrucciones que los acercan.

A diferencia del inglés, Gentili habla de una sociedad humana universal que aún conoce la sociabilidad retomando una antropología aristotélica, por lo

¹ Respetamos aquí la grafía elegida por el traductor, haciendo referencia al apellido en su idioma original, el italiano.

que su pensamiento político oscila siempre entre la posibilidad amenazante del conflicto a evitar, pero también de la existencia de valores éticos que deberían dar fundamento a la política. Como afirma Galli, su ideal continúa siendo la posibilidad de una *res publica* de los ciudadanos virtuosos. Este contrapunto es característico de los movimientos filosóficos de la época, donde el-los modelo-s romanos continúan siendo el espejo distorsionado en el cual hondar las soluciones a una época en crisis. Si como sostiene Perry Anderson los Estados absolutistas de los siglos XVI y XVII no pueden ser pensados sin la herencia del Imperio romano y su derecho, la época de las revoluciones que los siguieron intentaron retomar, de forma acertada o no, la República romana.

Los autores que Galli recoge en esta primera etapa oscilan constantemente entre las ruinas de lo que no ha terminado de morir y aquello que no logra surgir de forma acabada. Los conceptos que operan como ideas-límite en cada uno de ellos varían de acuerdo a su contexto, algo que Galli remarca por su gran potencial hermenéutico: en Maquiavelo el honor y la gloria en un tiempo pagano y siempre-fortuna; en Hobbes la contingencia de la guerra y la violencia y la necesidad del orden para evitar el caos; en Gentili, en cambio, la posibilidad de rastrear la justicia en el marco de la contingencia de la acción política.

La segunda parte del libro está dedicada a las lecturas críticas de la Edad Moderna acerca de sí misma. En su recorrido Galli decide comenzar con los contrarrevolucionarios: Burke, De Maistre, Bonald, Lamennais y Donoso Cortés. Estos autores son denominados así por su radical respuesta contra, al menos, dos revoluciones: la francesa de 1789 y las europeas en 1848. A su vez, el italiano decide excluir de este análisis aquellas críticas “en nombre del pueblo”, es decir, aquellas que intentaban radicalizar las ideas liberal-democráticas de la época a favor de una democracia plebiscitaria y más igualitaria, profundizando en la reacción religiosa, un tópico que, por sus trabajos sobre Schmitt, Galli desarrolla con particular erudición.

Observando los fines que una reseña propone, y teniendo en cuenta que hemos decidido desarrollar más profundamente la primera sección, cabe destacar de este capítulo los conflictos teológico-políticos a los que se enfrentan los contrarrevolucionarios, intentando sistemáticamente hallar un retorno a aquellos valores, órdenes y formas políticas que dieron forma a la intrincada relación entre religión y política. Como afirma Galli, el tópico por excelencia de la teología política contrarrevolucionaria es el leviatán monstruoso que adviene cuando la religión se retira como la fuerza que refrena las pasiones humanas. Frente a este excesivo crecimiento del poder político, la respuesta a la que concurren, con diferentes fundamentos y movimientos teóricos, resuena siempre como un eco: sólo el catolicismo es capaz de contener la fuerza arrasadora del leviatán.

Los capítulos 5 y 6 son dedicados a Marcuse y la Escuela de Frankfurt seleccionando así lo que podríamos denominar como las críticas más *revolucionarias* que se encuentran en la obra de Galli. Específicamente el italiano se ocupa de *Razón y revolución* (1941) y de *Dialéctica de la Ilustración* (1944). La operación teórica que Galli realiza al seleccionar y trabajar estas obras resulta harto interesante cuando se tiene en cuenta la cercanía que estos tres autores (H. Marcuse, T. Adorno y M. Horkheimer) tenían al formar parte de la Escuela de Frankfurt. Con devenires disimiles entre sí, la preocupación parece constante: cómo subvertir el destino trágico al que nos ha arrojado la razón. En Marcuse cobran vital relevancia los debates acerca del sujeto revolucionario, esa categoría cargada de sentido que aún se presenta como una disputa constante y necesaria. Los ejes centrales que advierte Galli, y por los que decide incluir esta obra, son las formas en que filosofía, política y libertad se entrecruzan en el pensamiento marcusiano volviendo a los grandes tópicos de la filosofía como una bocanada de aire fresco en el centro de las crisis políticas y sociales de mitad del siglo XX.

A pesar de que la obra *Dialéctica de la Ilustración* posee para el italiano una estructura fragmentaria y variada, haciendo difícil el curso de un pensamiento más sistemático, Galli observa que continúa siendo un clásico del siglo XX,

constituyéndose como un “antídoto” frente al riesgo que envuelve a los encantamientos de naturalizar los modelos civilizatorios, políticos y económicos de la modernidad y el siglo XX. Así, esta crítica se vuelve imperiosa, vigente y más necesaria que nunca cuando el contexto revela las falencias del paradigma estanco de los derechos humanos, la crisis política de la liberal-democracia y de las constantes rupturas y miserias del capitalismo global. *Dialéctica de la Ilustración*, afirma Galli, parece advertirnos de la posibilidad siempre latente de la implosión violenta de las contradicciones del mundo *uno* que estamos creando. Echa luz, dice el italiano, en el “centro de la tiniebla de la razón”, sobre los fantasmas (o monstruos, convocando a Goya) que intentamos esconder.

El último capítulo del libro lo dedica al pensador alemán Eric Voegelin, centrándose el tema de la “representación”, en la mediación entre inmanencia y trascendencia. Este interés, afirma Galli, es en parte autobiográfico, debido a la experiencia de los totalitarismos (que, como señala Primo Levi, ha sido introducida irrevocablemente en el mundo de las cosas que existen). El impulso de Voegelin a estudiar las “religiones políticas” luego de la experiencia del nazismo lo lleva a pensar las formas en que las culturas producen una “simbólica extremadamente compacta” que imposibilita la distinción entre inmanencia y trascendencia. Como Hannah Arendt en su gran obra sobre los totalitarismos, Voegelin encuentra en la especificidad de los Estados modernos el germen necesario para los totalitarismos del siglo XX, con sus aporías originarias y su crisis terminal. Galli recupera la tan mentada distinción entre *Vertretung* y *Repräsentation*, discusión que ha dado lugar a diferentes respuestas, pero que en Voegelin oscila entre el rechazo a la simbología de los regímenes totalitarios y la crítica a las instituciones representativas de la liberal-democracia. El italiano nos pone de frente a las preguntas que la filosofía política, la teoría política y la ciencia política arrastran en torno al concepto de representación: si representar es poner en escena lo ausente ¿qué es lo ausente?, ¿cómo opera la representación?, ¿cuál es el sujeto que *actúa* esa representación y produce *forma*

política? Para Voegelin las respuestas a estas preguntas oscilan siempre entre la idea del ser trascendente, de la movilización y crítica del orden político y en la tensión “del alma hacia lo divino”. Para el teórico alemán, entonces, la forma en que contingencia y necesidad han encontrado contención en la acción política a través de la representación ha construido el instrumento teórico e institucional mediante el que la modernidad intenta garantizar su autosuficiencia e ilimitado desarrollo.

El destino de los modernos es la democracia, afirma Galli. Y parece confirmar la premisa si revisitamos los variados autores y líneas de pensamiento que el filósofo recoge en su libro *Contingencia y necesidad en la razón política moderna*. Ninguno parece haber podido escapar al conjuro de la forma-Estado moderno, desde sus respuestas reaccionarias hasta la constante disputa entre trascendencia e inmanencia; desde el *paganismo* maquiaveliano del tiempo-fortuna hasta la promesa revolucionaria de un mundo emancipado. Galli nos advierte: no hay *Aufhebung* posible en un mundo que ha sido construido desde sus bases como aporético, contradictorio, reafirmado en sus puntos ciegos. Sin embargo, los puntos de fuga, las abyecciones de la reproductibilidad sistémica, la fortuna y la contingencia sobreviven. La modernidad todavía tiene algo que decir sobre sí misma.